

*La vida es una multiplicación de olvidos...
¿Te acuerdas?: Dos muestras autobiográficas
en prosa de Vicente Huidobro*

No hace demasiado, Graciela Maturo insistía en reclamar una mayor atención crítica para cierta producción narrativa de la vanguardia histórica hispanoamericana, entendiendo que esas obras en prosa, salvo en determinados casos, no sólo sufrieron un trato inadecuado en su momento, sino que continúan sitiadas en la marginalidad. Añade Maturo que las piezas literarias a las que hace referencia desvelan claros registros testimoniales, filosóficos, líricos o humorísticos, descubriendo en ellas un aire expresivo común. Las coincidencias ponen de manifiesto una *vocación encubiertamente profética y una innegable ruptura con las convenciones literarias*. También aclaran una intención: «si admitimos que el poema corresponde como manifestación lingüística y estructural a actitudes de espíritu no racionales y estados de conciencia omniabarcadora, no debe sorprendernos que los poetas busquen una mayor credibilidad a su experiencia abordando la forma narrativa y haciendo de su propia personalidad el eje de su más acabado personaje literario, al que estudian, despliegan y enmarcan sin ahorrar rasgos de genialidad ni aspectos tragicómicos que surgen de su especial inserción en el mundo social»¹. El reclamo

¹ Graciela Maturo, «Apuntes sobre la transformación de la conciencia en la vanguardia hispanoamericana», *Prosa hispánica de vanguardia*, edic. Fernando Burgos. Editorial Orígenes, Madrid, 1986, págs. 46-47.

El valor que reconoce Maturo a esas piezas narrativas de la vanguardia histórica hispanoamericana no sólo responde a criterios de renovación formal, sino que comprende el cambio de rumbo en la conciencia individual y social del escritor contemporáneo. Sea como fuere, ese registro novedoso tiene antecedentes en el romanticismo, recuperando de él cierto primor literario de los símbolos, si bien ahora se rechazan la grandilocuencia y los excesos de sentimentalismo.

resulta oportuno y obliga a tener en cuenta la existencia de un material expresivo arrinconado tremendamente útil y plenamente significativo.

Por su parte, Schulman, tras admitir que en la prosa modernista se detecta ya un desplazamiento de los ejes de escritura *hacia formas metafóricas más bien que metonímicas*, viene a confirmar la continuidad de ese movimiento en el relato experimental del periodo vanguardista. No obstante, si aceptamos el papel que representa la memoria en todas esas representaciones, cabría acordar que cualquier hecho literario, aun en su forma más simbólica, no extrañaría su condición descriptiva². No cabe hablar, pues, de una ruptura en el proceso; tampoco de un aislamiento o desequilibrio entre géneros. La coherencia histórica y la complementariedad de los registros rigen en un conjunto de prosas que, cada vez más, exigen un mayor esfuerzo de interpretación. Con los vientos de la vanguardia se excluyen rancias maneras de contar y cómodas posturas de lector decimonónico.

ÉL ESTÁ ALLÁ, ESPERANDO...

Los datos biográficos que poseemos de Vicente Huidobro podrían servir para componer una novela romántica o el guión de un melodrama cinematográfico. Él solo reúne las cualidades que adornan a un héroe de ficción o perfilan los rasgos de un protagonista de película. Sin perder su humanidad ni renunciar a la ternura, se erige Huidobro en centro de una historia particularmente común, extraña y entrañable. Es capaz de concebir, emprender y cumplir aventuras extraordinarias; de mostrar sin vergüenza la fortaleza de un carácter apasionado, sin esconder del todo sus debilidades; de mantener el difícil equilibrio tensional, combinando el silencio expresivo y los gestos exagerados, el murmullo confesional y el grito desgarrador, el consejo amistoso y la frase impositiva; de mostrar su soberbia

Para Graciela Maturo, el estudio adecuado de la prosa vanguardista hispanoamericana debe renunciar a los prejuicios academicistas de talante neoaristotélico, tan frecuentes en determinadas escuelas modernas. Ese lastre minimiza el esfuerzo que representa llevar a cabo una labor, minimizando sus logros y acusándola de ineficacia estética. Las muestras narrativas de esa época, en América, deben interpretarse de acuerdo a su situación y a su medio concretos, sólo así se entenderán unas obras que representan «un signo incitante, una invitación al viaje, tendiendo a quebrar el ilusionismo literario y a movilizar profundamente la virtualidad del hombre-real, ese protagonista indiscutible de toda literatura» (op. cit. pág. 52).

² Ivan A. Schulman, «Las genealogías secretas de la narrativa: del modernismo a la vanguardia», *Prosa hispánica de vanguardia*, op. cit. pág. 39.

Schulman acuerda con las apreciaciones de Lodge respecto a la prosa modernista, situando en ella el inicio de la narrativa de vanguardia.

rebeldía, denunciando conformismos; de valorar la locura sobre el vivir chato y anónimo; de jugar con el humor, con el drama y con la tragedia de la vida, asumiendo la responsabilidad y las consecuencias de ese arriesgado ejercicio; de perfilar cuidadosamente unas máscaras carentes de hipocresía. En cualquier caso, esa mezcla permite dibujar a un sujeto de

...individualidad contradictoria. Juguetón y pendenciero, taciturno a veces, conflictivo y conflictuado; polemista polemizado, atacado y defendido, negado y reivindicado.

Pasó por la vida suscitando asombros, admiraciones y rechazos. Fue un excéntrico ávido de sensacionalismo, poeta-antipoeta y mago; aristócrata y revolucionario. En suma, el tipo más sorprendente en la historia literaria chilena de la primera mitad del siglo.

Vivió a paso de carga, atropellando el tiempo, con la prisa del visionario que fatiga aceleradamente el corazón y dispara la presión de la sangre, porque lo impulsa y apura el anhelo de incorporar el sol a su poesía y sueña con tocar un punto infinito.

Murió joven, tal cual corresponde a los poseídos por la tarea de Atlas y a los encandilados por el complejo de Ícaro.

El hombre, en su propósito de llegar primero a todas las cosas, hizo de su vida una carrera sobrehumana. ¡Eres finito!; Detente! ¡Serás más breve aun si sigues conduciendo tu vehículo a velocidades mortales! No escuchó ninguna advertencia. Nunca se planteó metas sencillas. Quiso la juventud eterna. Aspiró a la inmortalidad a través de la poesía³.

El mismo pintor que, deslumbrado, retrata así a su modelo, cae en la trampa de atender a los ecos de un romanticismo efectivo pero caduco; de pintar el dictado impresivo de cuidadosos medallones modernistas; y hasta de entretenerse con rumores de tramoya o versiones de una realidad manipulada. El resultado de su trabajo, pretendidamente verídico por estar suficientemente documentado, vuelve a entretenerse en lo caricaturesco, ofreciendo una estampa más a los coleccionistas y un nuevo relato, con final abierto, para los archivos.

Alguien dijo que el hombre nace y muere con su perfil. Este está forjado por su temperamento y su historia. Si la historia de Huidobro

³ Volodia Teitelboim, *Huidobro. La marcha infinita*, Ediciones Bat, Santiago de Chile, 1993 (2).

Resulta cuando menos curioso detectar la semejanza que existe entre esta biografía de Huidobro, redactada por Teitelboim, y la de Darío, compuesta por Edelberto Torres (*La dramática vida de Rubén Darío*, Biografías Gandesa, México, 1956). Ambos autores ofrecen el testimonio de la vida de sus personajes, sin carecer de referencias documentales ni extrañar esfuerzos de rastreo, aunque pretenden seducir al lector utilizando recursos propios de un relato novelado.

fuera conocida se transformaría —es posible— en la saga de un aventurero del espíritu que intentó iluminar con su poesía, con sus delirios y sus sueños, una parte sensible de la literatura latinoamericana en la primera mitad del siglo xx.

Su vida fue un gran sueño, la cacería del unicornio, del pájaro rey. Altazor era él. Aún más, quiso hacer la poesía de nuevo. Abrir, romper la jaula del diccionario. Tenía ínfulas de fundador. Ansiaba mostrarla en el escenario como un producto fresco, como un milagro recién hecho. La verdad es que el Ego y la imaginación resultaron en él más fuertes que la razón y el proyecto mayor que el alcance simplemente humano. ¿Síndrome de Ícaro, el piloto que vuela hacia el sol? ¿O el poseído que intenta robar el fuego de los dioses?

Prometeo encadenado, liberado, vuelto a encadenarse ¿Y a liberarse?

.....

.....

...todavía se necesita pagar el tributo a la Esfinge, la dura cantora . Hay que encontrar los descifradores de un enigma⁴.

Quedan arrinconados, otra vez, los motivos y el sentido de unas acciones que comprenden sus claves dentro del propio discurrir metafórico. Este último se entiende como misterioso don; como logro de intensidad; como dominio del sistema y de los recursos literarios; y como necesario arte de sugerir.

Quizás resulte oportuno recordar que la poesía de Huidobro, sin extrañar antecedentes, no responde a meros impulsos anímicos, resaltando una intuición febril e incontrolada; tampoco a simples ejercicios miméticos de salón o malabarismos de ingenio. Todas esas referencias, conocidas, sirven al escritor para apartarse de ellas y perseguir un estilo singular, que, a su vez, pretende rendir cuentas de una presencia viva. Como los profetas emblemáticos, Vicente Huidobro se empeña en transmitir la palabra original, otorgándole categoría de signo y naturaleza simbólica; como los mejores maestros clásicos, valora la calidad, el equilibrio y la fuerza del discurso; como los románticos más apreciados, se plantea conflictos e intenta resolverlos como mejor sabe y puede, registrando la solución en fórmulas adecuadas; como Darío, no quiere ser discípulo ni pretende imponer magisterios, mirándose sólo en el espejo de su trabajo⁵. No hace falta ser un lector demasiado despierto para darse

⁴ *Ibidem*, págs. 296-297.

⁵ Una lectura más justa de los manifiestos redactados por Vicente Huidobro, y una aproximación más adecuada a su obra, serviría para despejar confusionismos críticos ya consolidados. Hasta la fecha, cualquier opinión sobre Huidobro destaca su soberbia, alcanzando a identificar bajo ese rasgo de personalidad extraliteraria una tarea de valor innegable. Cabe considerar que Vicente Huidobro no se erige en único poeta de todos los

cuenta que Huidobro se ciñe voluntariamente la corona de loco; se siente inteligente e instruido; no renuncia a servir de espectáculo; merece el título de raro; y se considera mago.

UN HOMBRE SALTA EN EL SOL...

Con valor en sí misma, la prosa de Huidobro, servirá de correlato ilustrativo a su poesía. El autor se atreve en sus narraciones a comprometerse con la justicia, denunciando la violencia y la arbitrariedad de un colonialismo interesado; a construir textos paródicos, recuperando los valores esenciales de una tradición épica y subvirtiendo el sentido habitual de su antiguo dictado; a ensayar nuevas ficciones noveladas, planteando en ellas propios conflictos y problemas comunes; a declarar sus simpatías por refinados criminales o sutiles actos delictivos, transgrediendo falsas moralidades; y a acordar con aventuras científicas o concebir inverosímiles utopías, señalando la suerte del héroe mágico y proyectando una vuelta al paraíso perdido. También se empeña en relatar breves imaginéras; a manifestar su credo estético; y a exponer máximas y pensamientos ⁶. Todo ese quehacer en prosa se sostiene sobre una base confesional que adquiere verdadero carácter en la medida en que responde a la personalidad del que se describe a sí mismo.

Vicente Huidobro ya emprende su primer dibujo completo en *Pasando y pasando*, un libro ordenado y oportuno que, publicado en 1914, se configura fragmentariamente ⁷. El título plantea la movilidad de los materiales que lo integran; sus primeras dedicatorias, señalan las contradicciones de su manifestación escrita, dirigiéndose a los integrantes de

tiempos, sino como único poeta creacionista, entendiendo esa singularidad no en su orden general sino en su particular apreciación exclusiva. Otros poetas merecen su aprecio, y no teme dar una lista de ellos a lo largo de sus escritos; otros creacionismos existen, pero no pueden ser el suyo, si se admite a sí mismo como individuo.

⁶ Juana Martínez reconoce que la prosa huidobriana, en su vertiente imaginativa, se proyecta más allá de las novelas y los cuentos del escritor, impregnando de fantasía sus máximas y sus impresiones. Estas dos últimas formas, utilizadas con frecuencia por Huidobro, poseen suficiente entidad para que se las considere como minirelatos, completando con ellos el conjunto de la obra elaborada por el autor a lo largo de su vida («Las prosas desmesuradas de Vicente Huidobro», *Homenaje. Vicente Huidobro. 1893-1993*, edic. Eva Valcárcel. Universidad de la Coruña, Colección Cursos, Congresos y Simposios, n.º 14, La Coruña, 1995, págs. 125-135).

⁷ *Pasando y pasando... Crónicas y comentarios*, Imprenta y encuadernación Chile, Santiago, 1914.

Gran parte de los trabajos que componen el libro ya los había publicado el autor en *Musa Joven* y *Azul*.

una falange de contemporáneos y a un interlocutor concreto, convirtiéndolo a este último en sujeto de una ironía⁸. Las crónicas y comentarios que componen el resto del volumen se ocupan de una realidad próxima, procurando ajustarla a los criterios de un *Yo* que, siguiendo las reglas de una buena educación, se presenta de inmediato y se atreve, ya avanzada la escritura, a declarar las ventajas que posee la práctica de un arte seductor.

La singularidad de este primer esbozo autobiográfico reside en esa mezcla equilibrada de datos objetivos, opiniones personales y fugas disgresivas. La composición íntegra permite la lectura aislada de los diferentes fragmentos y la consideración del conjunto como relato novelesco. El *Yo* se atribuye el papel protagónico y se erige en verdadero hilo conductor de la verdadera ficción histórica. Huidobro no sólo selecciona con cuidado los trozos de su pintura sino que organiza la composición, respetando aún las reglas de un quehacer literario que no olvida las lecciones del romanticismo ni extraña prácticas narrativas de franca herencia modernista. En cualquier caso, la figura del escritor atiende la realidad de un hecho; a predicciones mágicas; y a una elección voluntaria del propio futuro:

Nací el 10 de enero de 1893.

Una vieja medio bruja y medio sabia predijo que yo sería un gran bandido o un grande hombre.

¿Por cuál de las dos cosas optaré? Ser un bandido es indiscutiblemente muy artístico. El crimen debe tener sus deliciosos atractivos. ¿Ser un grande hombre? Según. Si he de ser un gran poeta, un literato; sí. Pero eso de ser un buen diputado, senador o ministro, me parece lo más antiestético del mundo⁹.

⁸ El volumen se inicia con la siguiente dedicatoria:

A los que componen la entusiasta falange de mi generación.

Dedico este libro de paz y de gloria.

La dedicatoria del primer capítulo no es menos reveladora:

Para Andrés González Blanco.

El culto crítico español que tanto ha recomendado la autocrítica.

La persona que se cita no es otra que el ensayista, poeta y novelista español del mismo nombre, también asiduo colaborador en revistas de España y América. Su única tarea poética, que se mantuvo inédita: *Horas de ausencia*, se encuentra próxima al gusto modernista; sus novelas cortas mantienen aún acusados rasgos románticos. En cuanto a sus ensayos, junto a numerosos estudios sobre los autores más representativos de su época, es responsable de *Los contemporáneos* (1907 y 1910); *Historia de la novela en España desde el romanticismo hasta nuestros días* (1909); *Elogio de la crítica* (1911); y *Los dramaturgos españoles contemporáneos* (1917).

⁹ Vicente Huidobro, *Yo, Pasando y pasando, Obras Completas*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1976. Vol. I. pág. 651.

El héroe que se narra debe ser único, fuerte, tenaz en sus trabajos, sensible, instruido, inteligente, gozar de plena libertad, sufrir soledades y tener éxito en su aventura:

He perseguido mucho la originalidad por el estudio de mí mismo, por la auscultación de mis más mínimas impresiones. Y tengo plena conciencia de haberla conseguido.

Mi poesía, como muy bien advirtió Max Jara, no es la poesía de un influenciado, sino la de uno que ha estudiado y sentido la poesía universal.

En mis versos no hay sensaciones reflejas, recibidas por intermedio de otro autor, sino recibidas directamente de la naturaleza misma.

Esto lo aseguro y lo sostengo ante quién quiera ¹⁰.

Desde el púlpito de su justa soberbia, con la conciencia tranquila, Huidobro proclama sus gustos, enumera sus odios, declara amores, reconoce su capacidad de admiración y se mantiene firme en su único credo:

En literatura me gusta todo lo que es innovación. Todo lo que es original.

Odio la rutina, el cliché y lo retórico.

Odio las momias y los subterráneos de museo.

Odio los fósiles literarios.

Odio todos los ruidos de cadenas que atan.

Odio a los que todavía sueñan con lo antiguo y piensan que nada puede ser superior a lo pasado.

Amo lo original.

Amo lo que las turbas llaman locura.

Amo todas las bizarrías y gestos de rebelión.

Amo todos los ruidos de cadenas que se rompen.

Amo a los que sueñan con el futuro y sólo tienen fe en el porvenir sin pensar en el pasado.

Amo las sutilezas espirituales.

Admiro a los que perciben las relaciones más lejanas de las cosas. A los que saben escribir versos que se resbalan como la sombra de un pájaro en el agua y que sólo advierten los de muy buena vista.

Y creo firmemente que el alma del poeta debe estar en contacto con el alma de las cosas ¹¹.

Es el creador quién habla ya, cuando menos, desde 1914. No ignora antecedentes históricos ni olvida enumerar unos cuantos compañeros de

¹⁰ Vicente Huidobro, *Yo, Pasando y pasando*, O.C. op. cit. pág.657.

¹¹ *Ibidem*, pág. 658.

viaje; únicamente rechaza malas copias, criterios desenfocados, interesados prejuicios o adoraciones ciegas a falsos ídolos. Su originalidad no se encuentra suspendida en el vacío; tampoco entiende de sumisiones. Él solo se quiere responsable de un singular acto de escritura en cada instante y él solo se fija en los extremos y se empeña en enfrentarse a sus actuales enemigos naturales:

Pero diré que no se crea que desprecio el pasado. No. Repruebo el que sólo se piense en él y se desprecie el presente, pero yo amo el pasado.

Para mí no hay escuelas, sino poetas. Los grandes poetas quedan fuera de toda escuela y dentro de toda época. Las escuelas pasan y mueren. Los grandes poetas no mueren nunca.

Yo amo a todos los grandes poetas. Homero, Dante, Shakespeare, Goethe, Poe, Baudelaire, Heine, Verlaine, Hugo.

Esas son las cumbres que se pierden en el Azul. Entre esas cumbres hay muchas más pequeñas y hay muchos abismos.

Yo amo las grandes cumbres y los grandes abismos. Lo que da vértigo.

Mirando esas grandes montañas no se ve la cúspide.

Mirando esos grandes abismos no se ve el fondo.

Por eso los miopes bufan.

Mientras menos ojos nos alcancen, más alto y más hondo vemos.

En mi corta vida literaria he sido muy querido y muy odiado. ¿Puede darse mayor triunfo?

He tenido enemigos que se han dado el trabajo, alentados por la envidia, de ir desacreditándome, uno por uno, ante muchos pobres inocentes. Generalmente les ha salido mal el juego de la mano negra, pues casi todos se quedan compadeciéndolos y muchas veces me lo cuentan a mí mismo.

A estos enemigos míos les he arrojado, como un pedazo de pan, el desprecio que me ha sobrado de otros desprecios más importantes¹².

El resto de los materiales que completan *Pasando y pasando* ilustran a conveniencia la personalidad de quién se reconoce único responsable de su escritura y se quiere libre en el ejercicio de su criterio. Partiendo siempre de referencias concretas, está claro que Vicente Huidobro no comulga con falsas moralidades ni con estrecheces culturales provincianas; tampoco rinde pleitesía a ídolos proclamados. Sí defiende valores literarios inquietantes, apostando por joyas de buen diseño natural, poco apreciadas por sus contemporáneos; se atreve a desenmascarar enemistades y llega a componer fantasías narrativas repletas de significado. Lo que importa al protagonista del libro es ser sincero y conservar

¹² Vicente Huidobro, *Yo, Pasando y pasando*, O.C. op. cit. pág. 659.

esa sinceridad, viviendo siempre convencido de que ha conseguido lo que en verdad persigue. La prueba más evidente de sus logros está en sus obras y en contemplar cómo es *un tonto para los tontos* y *un inteligente para los inteligentes*. Estos últimos son los que se merecen la revelación de un secreto a voces, el consejo de una fórmula útil, por *prestarse esta a mil combinaciones más o menos originales y extrañas*. Huidobro, de entre todas los modos de escritura posibles, cualquiera de ellos dignos de tomarse en cuenta, prefiere el *arte del sugerimiento*, tan cálido para Mallarmé y tan entrañable para Verlaine. Para ellos el cuento de la *Abuelita*, con su imagen del soñador encarcelado ¹³.

En 1926, Vicente Huidobro publica *Vientos contrarios* ¹⁴, un volumen de prosas que, en lo fundamental, repite tanto el esquema de composición, ya contemplado en *Pasando y pasando*, como esta primera intención testimonial, en la que cabe contemplar el registro autobiográfico. El escritor, sin embargo, ajusta su pieza, ahora, a la realidad de una historia particular inmediata y a los aires literarios de una época determinada, confirmando el libre ejercicio de una antigua aventura estética singular. En *Vientos contrarios* volverán a exhibirse las figuras del hombre, con toda su experiencia, ofreciendo uno y otras en su más adecuada representación.

Huidobro consigue organizar de nuevo, en un solo discurso fragmentado, la violencia natural de un enfrentamiento y la lucha particular que *mantiene consigo mismo y con aquellos que pretenden ridiculizar sus gestos, minimizar sus propósitos o negar sus logros literarios*. No teme mezclar, en la forma que utiliza para materializar esos desacuerdos, el registro grave y la más ajustada faceta humorística ¹⁵.

Fernando Alegría, seducido por el decir confesional huidobriano, admite que el autor «no está de cuerpo entero sino en *La confesión inconfesable* ... Nunca igualará el fascinante tono de revelación audaz, dolorosa en sus ambiciones y en el presentimiento de sus fracasos, insegura, orgullosa en su infantil abandono, desafiante y denostada, teatral en su

¹³ Uno de los textos que componen *Pasando y pasando*, titulado *El arte del sugerimiento*, revela los gustos literarios de Vicente Huidobro, apartado ya del realismo decimonónico y claro simpatizante de un decir simbólico, próximo a los modelos de Mallarmé y Verlaine. La *Abuelita* es un cuento en el que se destaca la figura del rebelde, firme en sus creencias, sin excluir el sentimiento nostálgico de un pensamiento lejano.

¹⁴ *Vientos contrarios*, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1926.

¹⁵ Juana Martínez reconoce que, en Vicente Huidobro, el «sentido del humor era una fuente más de su ilimitado espíritu y una vertiente de su literatura». Es esa faceta humorística la que «conecta con el espíritu de la época, con la estética vanguardista que practica la comicidad, como un modo de rebelión y subversión, desde un humor alegre y jovial hasta el más oscuro humor negro» (op. cit. pág. 129).

soledad y profundamente conmovedora en el derroche de sus méritos –fantasía, invención, brillo y gracia– y la seguridad mortal de su residuo, de esas páginas que quisieron ser su fábula más sofisticada y son, acaso, su verdadero compendio autobiográfico»¹⁶. El mismo Alegría, sin embargo, observa que precisamente ese trozo no alcanza a cumplir las promesas que anuncia el autor, ignorando éste su compromiso analítico. Esa opinión la recoge Jaime Concha, quién juzga *La confesión inconfesable* como un discurrir que, en conjunto, se pierde en los laberintos de un romanticismo descontrolado, arrastrando una emotividad visceral; también se extravía en desesperadas muestras de soberbia, sobreestimando así no pocas tonterías nietzschianas. Para Concha, *La confesión inconfesable*, aun fijando oportunamente los núcleos que la generan, no llega a desarrollarlos por completo. Esa parcela huidobriana del contarse «no coincide con los cauces de la pasión, del estudio ni de la poesía, sino con la pirueta primordial del juego»¹⁷.

Quizás, escuchando sus argumentos, no les falte razón a Fernando Alegría y a Jaime Concha, pero cabe discrepar con ellos apuntando que reducen sus consideraciones, fundamentalmente, a una parcela inicial de *Vientos contrarios*, manteniéndola aislada de las otras que, junto a ella, configuran la totalidad del volumen y de un proceder literario que rebasa los límites de este último. Tampoco interpretan el *juego* como se merece, señalando con ese término el resultado de un simple acto lúdico, destinado a entretener y empeñado en mentir, siendo, además, una tarea arriesgada que no extraña la asunción de sus peligros. Ha de mirarse la superficie íntegra del tablero, con sus bordes; las características y la variedad de las piezas, cada una con sus movimientos; las reglas fijadas para efectuar estos últimos; y la habilidad del jugador.

Vicente Huidobro comienza esta vez su retrato ignorando datos objetivos fáciles, extrayéndolos de su partida de nacimiento o describiendo en forma realista determinados momentos de su biografía; prefiere respetar el rito de las presentaciones ofreciendo rasgos íntimos:

Todo en mi vida puede resumirse en tres palabras: amor, poesía, análisis. El amor me ha hecho cometer eso que llaman errores y perdonar los de los demás; en el amor siempre he dado sin reservas y desinteresadamente. La poesía me ha prestado una enorme dosis de exaltación y me ha permitido cubrir la fealdad y el tedio cotidianos con un ropaje maravilloso. El análisis me ha convertido

¹⁶ Fernando Alegría, *Vicente Huidobro: La confesión inconfesable, Las fronteras del realismo*, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1962. pág. 174.

¹⁷ Jaime Concha, «Introducción», *Vicente Huidobro*, Ediciones Júcar. Los poetas, Madrid, 1980. pág. 120.

en un revolucionario de todos los conceptos y todos los prejuicios, de todos esos principios establecidos sobre la sola base de la hipocresía social. Todo espíritu analítico tiene que ser un rebelde.

Estas tres palabras características de todos mis actos siempre han llevado plantada encima una bandera de sinceridad.

Desde mi niñez nunca he obrado en disconformidad con lo más íntimo de mi ser. Ante cada acción, ante cada gesto de mi vida, siempre me he mirado hacia adentro preguntando: ¿estás de acuerdo, corazón? ¹⁸.

El amor rige la vida del sujeto e impera en la naturaleza del hombre, comprendiéndose en las visiones de ambos. Su testimonio, como el de cualquier otra experiencia, no siempre cabe en formas directas, tiende a un decir metafórico no excluyente ¹⁹.

La memoria de Huidobro se enseña mediante recuerdos vibrantes: aquellos que tienen su lugar en *los momentos del arte, los momentos de angustia y los momentos de pasión*, extrañando casi por completo los *momentos de alegría*. El resultado de ese complejo confesional merece una explicación y ha de ilustrarse con un ejemplo que no resulta inocente ni viene a ser gratuito:

Como si mi cerebro estuviese dividido en dos compartimentos absolutamente independientes, me sentía atraído con igual pasión por el estudio de las ciencias, lo que me hizo seguir cursos en la Sorbona y otras universidades europeas sobre Biología, Fisiología y Psicología Experimental, y por el estudio de lo maravilloso, lo que me hizo dedicar muchas horas a la Astrología, a la Alquimia, a la Cábala antigua y al ocultismo en general.

Mis horas de fatiga se pasan frente a un caleidoscopio. ¿Habéis pensado lo extraordinario que es un caleidoscopio?

El que no haya pasado horas de horas mirando las maravillas de un caleidoscopio ignora uno de los placeres más grandes de la vida.

El caleidoscopio es un ensueño de jardines condensados, es una redoma de peces y de estrellas amaestradas.

No comprendo que se pueda vivir sin un caleidoscopio. Es tan incitante y nutritivo de emociones. ¡Ah! si hubiera alguien capaz de

¹⁸ Vicente Huidobro, *Vientos contrarios*, O.C. op. cit. pág. 791.

¹⁹ La importancia que Vicente Huidobro concede al amor, tanto en el orden físico como en su consideración imaginaria, la declara abiertamente él mismo en las primeras páginas de *Vientos contrarios*, insistiendo en confirmar esa particular querencia, junto a la atracción por la locura y el deseo de originalidad, a lo largo del volumen.

Teodosio Fernández apunta que, en el escritor, «el triunfo del amor es el triunfo de la libertad más allá de toda norma. Huidobro puede sentirse identificado con quienes se habrían atrevido a convertir su pasión en un atentado contra lo establecido, al menos en los tiempos en que sus relaciones con Ximena Amunátegui escandalizaban en Santiago de Chile» («Huidobro en los límites del misterio», *Huidobro. Homenaje. 1893-1993*. op. cit. pág. 111).

inventar un caleidoscopio de perfumes, sería el hombre más grande de este siglo.

Coged un caleidoscopio; mirad, mirad. Dad rienda suelta a vuestros nervios. Es más admirable que todas las cajas de música que puedan inventarse, es la música del ojo, mil veces más conmovedora que la música del oído.

Mirad, mirad. Los vitraux fugitivos y las albas embrujadas y los crepúsculos quebrados. Ese rebaño de colores que se aleja en el tiempo, ese desfile de mariposas encantadas, ese azar de luces sin destino y pequeños bombones del ojo, que hacen las delicias de la retina.

Ese instrumento tiene algo de sagrado y de juego inmortal ²⁰.

La poesía asume el misterio, proclama voluntades y reclama los hechos de ciencia, sin olvidar el compromiso del individuo que se empeña en identificarse como protagonista de su propia historia. Es Huidobro quien se confunde en el activo proceder del verbo original; quien se erige en profeta y se quiere oficiante de un rito mágico, sensible, informado e inteligente; el que da sentido a la verdad de los símbolos. El personaje literario, con la lección bien aprendida, con su realidad testimonial y con su soberbia, crea un universo al aire libre, moviéndose en ese espacio que posee como dueño y ofrece como único anfitrión:

El poeta es un pequeño dios. Se trata, pues, de condensar el caos en diminutos planetas de emoción.

Y he aquí la síntesis de una vida, de una vida interesante vivida, de una vida a doscientos kilómetros por hora, arriesgándolo todo a cada instante por hacerlos más intensos, más vibradores, saltando como un acróbata sin vértigos del trapecio-poesía al trapecio-amor.

Ella, la cambiadora de rumbos, puede estar satisfecha, pues a pesar de todas las vicisitudes, a pesar de las tempestades con truenos y relámpagos, ella sigue siendo aún el centro de la periferia.

Y viviré porque ella vive. Seguiré debatiéndome dentro de esta periferia como un pez monstruo fuera de su elemento. Hijo de este siglo cobarde y falso, seguiré rompiendo sus molinos de farsas; último descendiente de la mentira y la comedia social, quiero al mismo tiempo ser el primogénito de una nueva era que ya empieza a clamar. Quiero ser el primer hombre libre, el primero que rompa todas las cadenas.

Mi vida y mis hechos prueban, ¡oh mundo estúpido!, que nunca te he tomado en serio.

¡Amigos! Seamos los últimos engañados de una era equívoca y perversa, seamos los primeros hombres auténticos; soltemos los pies de las cadenas y los grillos y lancémonos ebrios de libertad en la danza de la luz frenética ²¹.

²⁰ Vicente Huidobro, *Vientos contrarios*, O.C. op. cit. págs. 794-795.

²¹ Vicente Huidobro, *Vientos contrarios*, pág. 795.

El retrato que Vicente Huidobro perfila de sí mismo no se detiene cumpliendo el trámite de presentar un dibujo esquemático, aunque éste ponga en evidencia secretos. *La confesión inconfesable* continúa en el resto de *Vientos contrarios*, completando una configuración íntegra de su responsable.

Se suceden en las páginas que siguen la visión del héroe, entendiéndolo como concepto y no en su sola consideración como guerrero armado, como sujeto histórico y como personaje mítico; las manifestaciones de ciertos compromisos, creencias y gustos, plenamente asumidos, sin miedo a sufrir las consecuencias de ese testimonio; la justificación de un vitalismo razonable, no exento de pasión, convenientemente representado; la confirmación, en suma, de una sinceridad y una locura a las que nunca se ha renunciado, prefiriendo el camino del infierno a la senda que conduce a la promesa celestial. Todo ese juego mágico, en su natural proceder relacionado, ya se anuncia en cada una de las citas que se distribuyen oportunamente en los diferentes apartados y capítulos de *Vientos contrarios*; en la elección de una fórmula discursiva total y fragmentada, digresiva y compacta, ajustada en cada momento a los propósitos del autor y a las exigencias del texto completo. Tampoco olvida el sentido que adquiere un quehacer literario consecuentemente expuesto al amparo de ese principio de sugerencia artística en donde *l'Indécis au Précis se joint*.

NADA MÁS HERMOSO QUE EL EMBRUJADOR EMBRUJADO.

La escritura de Vicente Huidobro, en su conjunto, no sólo pone de manifiesto un claro compromiso poético, configurando en formas adecuadas un universo particular repleto de imágenes y símbolos, sino que viene a confirmar el carácter aventurero de un hombre que se quiere libre, se siente rebelde, reconoce su originalidad y no teme exponer voluntariamente sus criterios. Dentro de esa atmósfera, y sin traicionar sus propósitos, cabe contemplar la prosa huidobriana. En ese registro narrativo se comprende una *vocación encubiertamente profética y una innegable ruptura con las convenciones literarias*, enseñando así las pasiones, las ideas, las razones y las creencias de quién se erige en protagonista de su propia historia. Huidobro exhibe otra vez en sus prosas *actitudes de espíritu no racionales y estados de conciencia omniabarcadora*. Busca otorgar *una mayor credibilidad a su experiencia*, localizando sus representaciones en el mundo social que le ha tocado en suerte.

Sin entrar en consideraciones teóricas a propósito del relato, aislando cada una de las formas en que se presenta este último, podemos afirmar que en esa fórmula discursiva se detectan rasgos de una biografía personal, ya

contemplados en la poesía del mismo escritor. No cabe duda que éste se sigue dibujando fragmentariamente en sus manifiestos, en sus novelas y en sus entrañables ficciones cortas, condensándose aún más en sus máximas y en sus brevísimas impresiones de pensamiento. No ha de extrañar que todos esos trazos se organicen en sendos caleidoscopios, entreteniéndose el autor mirando a través del visor de su juguete —telescopio dirigido hacia el espacio de los misterios—, proponiendo un acto que carece de inocencia a cualquiera que desee compartir el espectáculo simétrico y sepa apreciar los destellos fascinantes de sus *vitraux*.

No resulta gratuito recordar que *Pasando y pasando* responde en su momento a cierta situación crítica en el discurrir biográfico de Vicente Huidobro; que *Vientos contrarios* se compone justo como respuesta a un nuevo periodo crítico en la biografía de su responsable²²; que ambos libros no se traicionan en lo fundamental, manteniendo con firmeza los principios estéticos y vitalistas de un creacionismo independiente, repleto de relaciones; que se empeñan en poner las cosas en su sitio, enfrentándose a falsas interpretaciones, a no pocos enemigos y a futuros artesanos de una pintura biográfica de taller. Estos últimos, no siempre con malicia, tienden a confundir la realidad histórica, con su desarrollo novelesco; la visión huidobriana identifica al *yo* con su retrato, otorgando cartas de naturaleza real a un dibujo que permite dialogar al individuo, aquí en la tierra, de inmediato, con su verdadera figura:

—Dime, amigo, y hoy, ¿qué pretendes? ¿qué ambicionas?

—¡Por Júpiter! Una sola cosa: que me dejen en paz, que nadie hable de mí, que nadie se acuerde de mí. Hacer una vida humilde, pequeñita, una vida mía, sin miradas intrusas adentro de mi vida.

—Pero, ¿no ves tú que es imposible? Eres un inadaptado, debiste haber nacido en el siglo veintidós. Detonas y tus detonaciones atraen las miradas.

—Calla. Sólo pido un rincón y algunos libros. Si fuera creyente, me haría cartujo. Un cuaderno en blanco y silencio alrededor.

—Y a los tres meses volvías a estallar. Imposible, imposible. ¿No ves, ignorante, que eso es cuestión de sistema nervioso?

—Entonces, dadme un avión veloz como el opio o como el éter, que me permita huir de mí mismo.

²² La publicación de *Pasando y pasando* coincide con ciertas polémicas en el ambiente cultural de la capital chilena, en las que intervino directamente Vicente Huidobro, ganándose no pocas enemistadas y recibiendo ácidas críticas. La situación llegaría a ser tan extrema que *Pasando y pasando* fue secuestrado, quemándose los ejemplares en la hoguera. La edición de *Vientos contrarios* no sólo se lleva a cabo en plena hostilidad contra Huidobro, en el ámbito de las vanguardias, sino que a esa situación se sumó la historia amorosa con Ximena Amunátegui, con todo su tremendismo romántico, y lo que implicaba esa pasión en el orden social de Santiago.

—Sí, y cuando vayas a diez mil kilómetros de tí mismo y de la Tierra, de repente sin saber cómo darás vuelta al timón y volverás a tí, volverás a tu corazón, volverás a la Tierra. Eres humano, terriblemente humano²³.

PACO TOVAR
Universidad de Lérida

²³ Vicente Huidobro, *Vientos contrarios*, O.C. op. cit. pág. 855.